

Mesopotamia en dirección de Comagene, y no tardó en ser apoyado por otro ejército parto conducido por Partamaspatas, hijo de Cosroes. Al propio tiempo se sublevó todo el país de Osroene, donde había subido al trono en abril de 116 (hasta 139) el abgaro Maanu VIII; se extendió el movimiento hasta la Adiabene, y en todas partes desde el Eufrates hasta el Tigris las guarniciones romanas fueron expulsadas de las ciudades cuando no acuchilladas. Hasta el jefe árabe del oasis de Hatra en Mesopotamia, al sudoeste de las ruinas de Nínive, se sublevó.

Trajano viendo la situación tan peligrosa y comprendiendo que no era posible dominarla con la fuerza de las armas, decidióse á renunciar á la parte más difícil de conservar de sus nuevas conquistas, y atacó en cambio con energía terrible á los rebeldes de Mesopotamia. Lucio Quieto reconquistó á Nisibe y Edesa y las pasó á sangre y fuego; Erucio Claro y Julio Alejandro destruyeron á Seleucia á orillas del Eufrates; pero el general Máximo sufrió una derrota sensible en la cual pereció. Entre tanto Trajano había ganado á su partido á Partamaspatas, el hijo de Cosroes, prometiéndole hacerle rey de Partia. Con este aliciente el príncipe dirigió sus armas contra su primo Sanatruccios en la Armenia y le venció, recibiendo en cambio de Trajano en Ctesifonte la diadema del reino de su padre.

Con esto quedó dominado el peligro más inminente, y Trajano dispuso su regreso á Antioquía á fin de organizar allí lo necesario para restablecer sólidamente el dominio de Roma en aquella parte del Oriente. También se propuso conquistar el oasis de Hatra, pero no pudo lograrlo, porque la falta de víveres y de agua en todo el país, el clima abrasador y la escasa salud del emperador salvaron la ciudad. Cuando Trajano llegó á principios del verano del año 117 á Antioquía vió todo el sudeste del imperio anegado en sangre por los judíos, que se habían levantado en masa en Chipre, en Judea, en el Bajo Egipto, en la provincia de Cirene, y después con más furor que nunca en la Mesopotamia, cometiendo en todas partes inauditas atrocidades en los habitantes griegos y romanos, sobre todo en Chipre y Cirene, donde el número de sus víctimas excedió á toda ponderación. A duras penas pudieron sostenerse los romanos en Alejandría. Terrible fué el desquite de las legiones: Lucio Quieto hizo una matanza horrorosa y sin misericordia entre la población judía de la Mesopotamia; en Chipre quedó esta rama semita completamente exterminada, y en Egipto y Cirene el general Marcio Turbo á duras penas y solo después de prolongada lucha consiguió vencer á las feroces huestes judías capitaneadas por su correligionario Lúcas de Cirene.

Este horizonte teñido de sangre alumbró las postrimerías del reinado de Trajano.

El emperador tuvo que renunciar á poner orden en este caos; su enfermedad, la hidropesía, se exacerbó tanto en Antioquía, que entregó el mando de las fuerzas del Asia á su primo Adriano y se embarcó para Italia. No llegó, sin embargo, allá con vida, porque en la costa de Cilicia empeoró tanto que se vió obligado á detenerse en Selino, donde tuvo un ataque apoplético y espiró en los brazos de su esposa Plotina, probablemente el 7 ó 8 de agosto de 117.

Era la primera vez que un emperador, reinando la paz interior en el imperio, moría lejos de la capital, y esto excitó dudas y divergencias respecto del sucesor que había de dársele, ya que era peligroso arrostrar las dificultades de una elección. Se sabía positivamente que Trajano había tenido siempre el firme propósito de no nombrar sucesor sin la cooperación y anuencia del Senado. Su adopción por Nerva, y más no habiendo dejado ninguno de ellos sucesión di-

recta, no había sido bastante para dar lugar siquiera á una ley de sucesión autorizada ó tolerada tácitamente por la rutina, aunque todas las corrientes empujaban al imperio hácia la monarquía hereditaria. La opinión más general era que el sucesor más á gusto de Trajano habría sido, según pretendían conocer los sabios, el senador Neracio Prisco, jurisperito eminente y práctico en administración. También se sabía que Trajano deseaba llegar á Roma antes que le alcanzara la muerte, para obtener del Senado la sanción de sus últimas disposiciones. Pero cuando el Senado y los generales que ambicionaban la corona estaban todavía vacilando en sus diversos puntos de residencia, apoderóse de las riendas del gobierno Adriano, el primo del difunto emperador y el hombre que según el precedente de los Julios y Claudios reunía el mayor derecho á la herencia.

Adriano era como Trajano natural de España, y como él descendiente de la familia romana llamada Elia, originaria de la ciudad de Adria en el campo Piceno, es decir, en la Marca de Ancona, y que con otras había emigrado á España y fijádose en la colonia Itálica en tiempo de Escipión. El abuelo de Adriano, Elio Marilino, había tenido la categoría de senador, su esposa, Ulpia, era tía carnal de Trajano y madre de Elio Adriano Afer, y éste padre del nuevo emperador Publio Elio Adriano. Su madre Domicia Paulina, natural de Cádiz, le dió á luz el 24 de enero del año 76, cuando se hallaba con su esposo en Roma, donde Elio Adriano residió como senador y pretoriano. El padre de Adriano murió cuando su hijo tenía solo diez años, y el joven recibió por tutores á su primo Trajano y á otro compatriota suyo, el caballero romano Celio Atiano. La hermana de Adriano, Paulina, estaba casada con un romano muy distinguido, llamado L. Julio Urso Serviano.

El joven Adriano continuó hasta la edad de quince años en la capital del imperio, donde recibió una esmerada educación literaria y científica que aprovechó como merecían sus dotes admirables, su afición al estudio, su memoria asombrosa y su aplicación perseverante. Sus conocimientos eran vastos y variados, sobre todo en las letras y ciencias griegas, sin que por esto descuidara otros ramos del saber, como la arquitectura, las matemáticas y la medicina, para las cuales tenía también disposición muy notable y un vivo interés. El destino sin embargo no quiso que figurase, como habría podido, entre los grandes arquitectos y otros artistas plásticos, ni entre los eruditos y autores de su época. Corporalmente robusto, ágil y práctico en todos los ejercicios y apasionado por la caza, dedicóse á excitación de sus parientes al servicio del Estado, en el cual medró rápidamente gracias á los sucesos políticos y para bien del imperio.

Había empezado su carrera militar bajo la dirección de su primo Trajano, y cuando este fué adoptado por Nerva le presentó en el otoño del 97 las felicitaciones del ejército de la Mesia, en el cual mandaba en jefe la legión V ó Macedónica. El nuevo emperador le trasladó con igual cargo al Alto Rhin, y desde entonces hizo rápidamente carrera, teniendo por protectora especial á la emperatriz Plotina, que no tenía hijos, lo cual dió ocasión á la envidia á comentarios maliciosos. Plotina le ligó más íntimamente á la familia imperial dándole por esposa en el año 100 á Julia Sabina, hija de la princesa Matidia y nieta de Marciana, hermana de Trajano. Entonces pasó á desempeñar sucesivamente los cargos más elevados civiles y militares; en el año 109 obtuvo el consulado, y Trajano le confirió como hemos visto importantes mandos en la milicia. No le era su primo personalmente muy simpático, pero no dejaba de conocer y hacer justicia á sus elevadas dotes administrativas y militares. Trajano era ante todo hombre de campamento, franco, recto y sencillo, gran

talento á su manera, y de este género eran sus vicios y sus defectos; mientras el carácter de Adriano se componía de rasgos verdaderamente grandes y de otros mezquinos, con inclinaciones científicas y estéticas, y arranques de gran gobernante y gran capitán, á la vez que de hombre de Estado eminente. Esta diversidad de caracteres pudo ser causa de que Trajano aplazase siempre para más adelante la adopción de Adriano, pero este tenía á su favor las personas más principales que rodeaban al anciano emperador, como Plotina, Licinio Sura mientras vivió y el viejo Atiano; y así fué que Adriano recibió el 9 de agosto de 117 en Antioquía la noticia que le enviaron desde Selino de su adopción por Trajano, acto tardío que parecía una consecuencia del mando en jefe en Asia que el emperador le había entregado á su partida para Italia.

Jamás ha podido saberse con fijeza la parte que tuvo Trajano moribundo en este asunto de la adopción de Adriano, y á lo más puede inferirse de las noticias, en parte muy maliciosas, que tenemos del comienzo del reinado de Adriano, que Plotina arrancó esta adopción á su esposo en su agonía poco menos que á pesar suyo. Parece además que la emperatriz tuvo durante dos días oculto el fallecimiento de su esposo para poder disponer lo conveniente á sus fines particulares. Dos días después de la noticia de su adopción, recibió Adriano la del fallecimiento de su gran predecesor, y al instante fué aclamado emperador por la tropa presente y en seguida por todo el ejército del Asia.

Tocábale afirmarse en su elevado puesto, lo cual le facilitaban singularmente las circunstancias que en aquel momento hacían delicadísima y difícil la situación exterior del imperio. Los horrores que había sembrado la sublevación judía en todo el Sudeste y la actitud indómita de los partos, que no querían admitir por rey á Partamaspatas, daban mucho en qué pensar á los que acaso en otras circunstancias habrían sentido impulsos de disputar á Adriano la diadema imperial. Para más complicaciones, se alborotaron entonces de nuevo, casualmente ó envalentonados por las noticias del Oriente, los sármatas vecinos de la Dacia, los celtas en el Norte de Inglaterra, y las tribus africanas rayanas de la Mauritania, todos los cuales comenzaron á molestar los distritos fronterizos del imperio.

Muy lejos de arredrarse ni atolondrarse, Adriano procedió con incomparable seguridad, calma, energía y acierto en todas partes.

Respecto del Senado, siguió la conducta atenta de su predecesor. Comunicóle lo sucedido en Asia y su aclamación, y disculpóse de haber aceptado el imperio de esta manera irregular dando por razón que las legiones habían menester un emperador, y suplicando de paso que el Senado se dignara confirmarle y reconocerle en su nueva dignidad, lo cual le fué concedido sin demora.

El pueblo de la capital recibió grandes pruebas de la munificencia imperial, y el ejército, que tanto pesaba en la política interior, sobre todo en tales momentos, obtuvo un donativo que excedía del doble del que era costumbre darle en los cambios de gobierno. Adriano confió el mando de la guardia imperial á dos amigos adictos, el viejo Atiano y Similis; el de la Siria á Catilio Severo, y el de la Judea, tan difícil entonces, á Marcio Turbio. El excelente y perito general Lucio Quieto, que inspiraba graves sospechas al nuevo emperador, fué alejado del ejército y enviado de gobernador general á la Mauritania. Dispuesto esto, pudo dedicarse Adriano á organizar el Oriente romano sobre una base nueva y sólida.

Hay que distinguir en Adriano muy mucho el emperador del hombre privado. Como hombre particular tenía defectos

feos, entre ellos la envidia, que se manifestaba, como en sus aficiones artísticas y estéticas, allí donde él no llegaba á la altura que pretendía; pero cuando obraba como gobernante solo conocía el interés y el bien del imperio, y entonces mostraba su inteligencia clarísima, su sagacidad y acierto, y la energía de un gran hombre de Estado. Por eso los que atribuyeron su política en Oriente, que consistió en renunciar desde luego á lo que el imperio no debía ni podía conservar, á la envidia que tuvo de la gloria de su predecesor, fueron por cierto inteligencias muy estrechas. Adriano había tenido tiempo y talento de sobra para observar y formarse una opinión razonada y clara de la política extranjera de Trajano y de sus resultados; se había convencido entre otras cosas de que las armas romanas podían muy bien vencer á los partos en los campos de batalla, así como en los sitios; de que las legiones podían llevar sus águilas hasta las altas mesetas de la Persia, y aun de que podían sostener tales conquistas si el imperio se empeñaba en ello; pero también previó que la conservación de la montuosa Armenia alta y del país, aunque llano, entre el Eufrates y el Tigris había de costar cada año millares de soldados y millones de denarios sin ninguna utilidad positiva ni menos permanente para el imperio. No era tan poderosa la Partia como en tiempo de Marco Antonio á consecuencia de sus disensiones, sus desórdenes y su desorganización interior, pero se había despertado un espíritu nacional persa profundamente hostil á Roma, y era ya imposible sofocarlo ni hacerlo propicio al dominio extranjero, ni había que pensar mucho menos en una romanización siquiera parcial de territorios tan vastos y lejanos. Empeñarse, en una palabra, en conservar las conquistas orientales de Trajano habría sido tener la guerra permanente en el Asia, y para esto era ya impotente el imperio romano, que necesitaba períodos de descanso para rehacer sus fuerzas. Nada de esto se ocultó á la clara inteligencia de Adriano, el cual resolvió volver á la política de Augusto y contentarse con la lección dura que Trajano había dado á los partos. Adriano menos que ningún otro emperador podía avergonzarse de restablecer la frontera del Este como estaba antes, es decir, hasta la línea de Mitilene, Satala y el curso medio del Eufrates. En su consecuencia evacuó la Asiria y la Mesopotamia, reconoció á Cosroes como rey de los partos, indemnizó á su hijo Partamaspatas con un pequeño Estado bajo la soberanía de Roma, y conservó el dominio sobre la Armenia, si bien en lugar de gobernar esta provincia directamente, le dió un rey, vasallo de Roma. Esta política en realidad no tenía más objeto que dar al imperio un período de paz, dejándole en situación más imponente y vivificadora que lo hicieron el viejo Augusto y Tiberio, á fin de rehacer sus fuerzas, asegurar sólidamente las adquisiciones hechas y evitar en cuanto fuera posible nuevas guerras y conquistas. Tan convencido estaba Adriano de esta necesidad y tan enérgico se mostró para realizar esta política, que hasta había evacuado también la Dacia haciendo retroceder las guarniciones al Danubio, á no haber sido por el gran valor positivo de esta provincia y su ya numerosa colonización romana.

Cuando el Oriente quedó pacificado de la manera indicada, partió el emperador á principios de noviembre del año 117 para Europa, á fin de celebrar en la capital (1) el triunfo sobre los partos. En su entrada triunfal, lejos de presentarse como vencedor hizo llevar la imagen de Trajano en triunfo al Capitolio. Una vez instalado en Roma, aplicóse

(1) En la obra nueva é importante de Julio Dürr, impresa en alemán y titulada: *Los viajes del emperador Adriano*, Viena, 1881, dice el autor que Adriano atacó al pueblo roxolano á su regreso y llegó á Roma el 7 ó 8 de agosto del año 118.

Adriano á ganar el favor del pueblo por medio de una serie de medidas calculadas para este objeto. Una de las mas estupidas, sin contar las magnificencias y mercedes usuales, pero de parte de Adriano siempre sábiamente calculadas, fué la condonacion á todos los habitantes de Italia de los atrasos que debian al fisco desde diez y seis años antes (probablemente desde el año 98 hasta el 114), ya fuesen por morosidad, ya por estar en litigio. Todos los pagarés y certificados relativos á estos atrasos, por los cuales renunciaba el tesoro imperial á reclamaciones por un valor total de 244.713,000 pesetas, fueron quemados públicamente en el foro de Trajano. A los habitantes de las provincias condonó tambien una parte muy considerable de las contribuciones atrasadas y debidas ya al fisco, ya al erario público. Además de estas mercedes, en cierta manera indirectas, amplió con gran ahinco y con nuevos fondos la grandiosa institucion de Trajano para la manutencion y educacion de niños italianos pobres. Tan grande prueba de munificencia, la mas á propósito para hacer á un gobernante simpático y popular, por cuya razon la imitaron emperadores posteriores,



Julia Sabina, mujer de Adriano. Moneda de oro con la inscripcion: SABINA AVGVSTA HADRIANI AVGVSTI P(ATRIS) P(ATRIAE)

solo fué en esta medida posible á Adriano, que á la sazón disponia de recursos suficientes y que se mostró durante todo su reinado como un hacendista de primer órden y al propio tiempo afortunado.

No pudo dedicar mucho tiempo á permanecer en la capital porque su presencia se hizo indispensable en la frontera de la Dacia, donde los romanos tenian por vecinos en una larguísima extension á pueblos nómadas de raza sármata que recorrían entonces las dilatadísimas llanuras de la Rusia meridional y no cesaban de molestar con sus depredaciones los territorios romanos. Uno de estos pueblos, los roxolanos, que desde el Don y el Dnieper habian avanzado hácia el Oeste, llegó por el año 69 de nuestra era al Danubio, donde empezaba el territorio del imperio, y allí los emperadores le habian tenido á raya comprando á sus jefes con regalos y donativos. Lo que Domiciano, por su impericia militar, habia podido hacer con Decéballo sin deshonra para el imperio, lo podian hacer tambien sin avergonzarse emperadores fuertes y capaces de escarmentar á los salvajes con las armas siempre que hubiesen querido. Pero no convenia al imperio promover guerras, que además de ser largas y costosas hubieran conducido á nuevas conquistas, que sin ofrecer ninguna utilidad habrian producido grandes dificultades al imperio. Otra cosa muy distinta era la vecindad de un imperio fijo, organizado y centralizado como el fundado ó engrandecido por Decéballo, al cual solo podia pagar tributo un emperador tan inepto como Domiciano. Parece, pues, que los roxolanos, viendo con gran disgusto disminuir los donativos acostumbrados, organizaron para indemnizarse expediciones de rapiña á las llanuras orientales de la Dacia, y Adriano se propuso vengar á los perjudicados dando una leccion dura á sus depredadores. A este fin pasó el Pruth con un ejército imponente y llevó sus operaciones con tanto acierto que los roxolanos se dieron por muy contentos con volver á dejar el territorio romano en paz. Quiso Adriano escarmentar tambien á algun otro pueblo sármata, pero tuvo

que dejar este cuidado á los gobernadores de aquellas provincias y regresar á Roma, donde en su ausencia se habia descubierto una conspiracion contra su vida, conspiracion muy peligrosa por la importancia de las personas que se habian puesto á su cabeza, fundándose en que el nuevo emperador debia su puesto á una intriga de la emperatriz Plotina. Los jefes de esta conspiracion, hija de la envidia, de la ambicion y del despecho, eran aquel Lucio Quieto enviado por Adriano de gobernador general á Mauritania, donde le habia reemplazado recientemente Marcio Turbo, y los cónsules Domicio Nigrino, A. Cornelio Palma y L. Publilio Celso. Al ser descubierta la trama, los dos prefectos de la guardia pretoriana procedieron con tanta rapidez y energía que los cuatro jefes citados, que á la primer señal habian huido, fueron apresados y muertos en diferentes puntos de Italia. Esta justicia sumaria y arbitraria conmovió al Senado y á sus partidarios, porque solo á esta corporacion tocaba juzgar á sus miembros; y como todo el mundo la atribuyó á órdenes directas del emperador, que sin embargo habia prometido al Senado respetar sus fueros, creyóse ver en ella un funesto cambio en la política interior de Adriano. A fin de disipar estos recelos lúgubres y robustecer su posicion juzgó el emperador conveniente regresar á Roma, á donde llegó á principios de agosto del año 118, despues de haber puesto el mando del ejército de Dacia en manos de Marcio Turbo, que poseia toda su confianza y que le habia prestado valiosos servicios desde la explosion de la sublevacion de los judíos. En Roma nada omitió Adriano para asegurarse el afecto de todos; al pueblo, que esta vez solo figuraba en segundo término, contentó con donativos y funciones públicas, que si no eran precisamente del gusto del emperador, no dejaban nunca de producir el efecto deseado en el pueblo alto y bajo; protestó solemnemente ante el Senado que aquellos cuatro senadores habian perecido sin órden suya, y por si esto no bastara, para quitar todo motivo de sospecha consiguió de los dos prefectos de la guardia pretoriana que dimitiesen voluntariamente sus cargos, y dió el de Atiano á Marcio Turbo y el de Símilis á Septicio Claro. Reiteró además la solemne promesa de respetar los fueros del Senado y dispuso que en adelante los productos de los bienes confiscados á los reos no entrarian en el fisco imperial sino en el erario público. Con esto desapareció todo temor de que Adriano, á ejemplo de Domiciano y de su cohorte de delatores, pudiera hacerse una renta con acusaciones y sentencias de confiscacion. Por lo demás, se aplicó Adriano con mayor celo que nunca á tratar al Senado con toda consideracion. Mas adelante veremos como este emperador, sin faltar á su promesa, contribuyó tambien por su parte á marcar mas fuertemente que sus predecesores el carácter absolutista de la dignidad imperial. Para esto siguió como en otras cosas las huellas de Augusto, es decir, que encubria la creciente sumision del Senado á la voluntad imperial con mayores muestras exteriores y aparatosas de respeto á la dignidad de la corporacion. Para esto ponía mucho cuidado en no prodigar el honor senatorial, y cuando lo concedia miraba mucho á quién; por otra parte, socorrió con donativos á senadores pobres para que pudiesen sostener dignamente su categoría. Muchas y muy notables fueron las leyes que elaboró con la cooperacion de esta elevada clase.

Para su persona no era amigo de la ostentacion; su trato era sencillo, y como Augusto, parecia que buscaba adrede el medio de aparecer como cualquier otro ciudadano romano. Redujo las presentaciones y visitas oficiales á lo mas necesario, y trataba á sus amigos en el Senado y en el ejército, á los doctos y artistas, y hasta á las personas que por sus cargos estaban cerca de él, con la mayor sencillez, natu-

ralidad y afabilidad, porque era enemigo de todo ceremonial rígido y pomposo antes que el tiempo agriara su carácter afable.

Desgraciadamente solo han llegado á nosotros datos demasiado escasos y fragmentarios de los personajes notables que vivieron en el segundo siglo de nuestra era, y estos escasos datos los debemos á hombres que tenian poco talento de historiadores. En lo tocante á las noticias relativas á Adriano se agrega el inconveniente de que tienen cierto carácter muy pronunciado de anecdóticas, lo cual es debido probablemente á que su reinado fué mucho mas pacífico que belicoso, y no habiendo grandes acciones militares que referir, los narradores descuidan ó no fijan las fechas, ni siquiera las épocas; pero con todo esto, su actividad de gobernante se presenta á la posteridad bajo tres grandes aspectos principales: sus repetidos viajes de estudio y de inspeccion por las diferentes provincias del inmenso imperio, sus muchas y grandísimas edificaciones, y finalmente, sus importantísimos trabajos administrativos, legislativos, organizadores y políticos.

Una de las cosas que mas llamó la atencion de sus contemporáneos y admiró al mundo romano mientras este existió, fué la energía con que recorrió durante la mayor parte de su reinado todas las provincias del vasto imperio, y lo que parece mas increíble, marchando casi siempre á pié, sin contar los viajes que hizo por mar, soportando como no podia menos de suceder, grandísimas fatigas segun las circunstancias. Deseoso siempre de aumentar sus conocimientos, debia ser para él una delicia ver y estudiar de cerca los países y pueblos del grande imperio que obedecian sus órdenes y que se desarrollaban delante de su vista como un continuo panorama. Estos viajes de inspeccion y estudio pacíficos habian caido desde Augusto en completo desuso, y solo conserva la historia algunos débiles ejemplos análogos de algun soberano de la Edad media. Pero los de Adriano redundaron, por su carácter político, económico y militar, en beneficio del imperio en general y constituyen una de las mayores glorias de su reinado. El contacto con pueblos y hombres de toda clase, el estudio directo, sobre el terreno, de los productos, recursos y necesidades de los pueblos, de las fronteras, de las guarniciones, campamentos y ciudades, de las condiciones topográficas, del comportamiento y administracion de las autoridades civiles y militares, todo esto no podia menos de producir sus frutos en bien de la generalidad, sobre todo tratándose de un emperador como Adriano, que animado como Trajano de las mejores intenciones, era eminentemente práctico, instruídísimo, de inteligencia clara y penetrante, tan apto para las empresas mas vastas como para las minuciosidades administrativas. En efecto, abundantes vestigios indican en todas partes del vasto ámbito del imperio que con su impulso reanimó el espíritu del mundo romano. A esto iba tambien encaminada la asombrosa actividad constructora que desplegó en todas partes, á cuyo fin llevaba consigo en todos sus viajes un pequeño ejército de operarios y maestros para todos los ramos de edificacion, que estaban organizados militarmente en cohortes y centurias, sin contar el personal de las legiones donde las habia y que contaban como es sabido con todos los elementos para construir lo necesario para una plaza militar. Merece tambien una mencion especial la particularidad de que la emperatriz Sabina acompañó á su esposo en varios de sus viajes, á pesar de que su matrimonio no era muy feliz. Sabina, además de no ser una hermosura, tenia un carácter frío é irritable, mientras su esposo, hombre bello, seductor, de porte digno y noble, y personalmente egoísta en materia de placeres y satisfaccio-

nes personales, hacia poco caso de su compañera; de modo que á pesar de las apariencias que exigia la alta posicion social de ambos, contábase en la capital que los dos esposos solian desahogar á menudo su mútuo descontento en términos muy acres.

Difficil, cuando no imposible, es fijar la cronología de estos viajes, y eso que la mayor parte de lo que sabemos de Adriano está relacionado con ellos. Sin entrar en los estudios modernos que se han hecho sobre este particular, nos limitaremos á observar que el emperador emprendió su primer gran viaje desde la capital despues del 21 de abril del año 121, segun las investigaciones mas modernas, y segun opinion antigua á fines del año 119 ó á principios del 120. Recorrió primero las provincias del Norte y Noroeste del imperio; mas adelante la España y la Mauritania; despues el Oriente y la Grecia; de este último país pasó á Sicilia, y de allí regresó á Roma, probablemente á últimos del año 126.

El resultado mas importante de la estancia del emperador en la Galia, la Germania y la cuenca superior del Danubio fué probablemente la conclusion de las obras de fortificacion



Antonino. Moneda de bronce con la inscripcion: ANTONINVS AVGVSTVS P(ATRIS) P(ATRIAE)

del límite que incluía en el imperio el extremo Sudoeste de la Germania, el país del Diezmo. Una obra análoga en el Norte de Inglaterra hizo pasar á Adriano, en la primavera del año 122, desde la Galia á aquella isla, donde permaneció hasta el invierno siguiente, en que pasó á España.

Importantes y trascendentales para el país fueron las obras que el emperador dispuso ejecutar en Inglaterra. Ya dijimos que ni Agrícola ni los generales que gobernaron la isla en tiempo de Trajano pudieron conservar las comarcas que las fuerzas romanas habian ocupado hasta muy al Norte de York. La situacion se hizo mas difícil cuando á fines del reinado de Trajano y á principios del de Adriano estalló una nueva y grave sublevacion de los brigantes, que fué sofocada pero que dejó en cuadro la legion IX. Para rehacerla, Adriano la mandó retirar y relevarla en York (Eboracum) donde tenia su campamento permanente, por la legion VI Victrix, acantonada en Castra Vetera cerca del Rhin. Llegado que hubo á Inglaterra, ocupóse con ahinco en la defensa de esta provincia del imperio. Desde luego renunció á la ocupacion militar de todo el país al Norte de la línea que va desde la embocadura del rio Tyne, cerca de Newcastle, al golfo de Solway, cerca de Carlisle, y se propuso fortificar esta línea para que sirviese tanto de barrera formidable y defensiva como de base sólida de operaciones ofensivas, y de freno para el turbulento pueblo de brigantes que habitaba al Sur. El emperador encargó esta obra colosal al gobernador general de la isla Aulo Platorio Nepote, que la empezó sin demora y con todo vigor y empuje en el mismo año 122 con las legiones II, VI y XX, acantonadas entonces en Inglaterra, y auxiliadas por contingentes de tropa aliada y varios cuerpos de caballería. La defensa contra los enemigos del Norte quedó encargada á secciones de las legiones VII, VIII y XXII, de las cuales la primera estaba acantonada en España y las dos últimas en Maguncia. Muchas lápidas grandes y pequeñas con inscripciones indican las obras, algunas hasta con medida lineal de los trechos ejecutados por cada seccion.